

que hoy en la farsa estaría en un aposento bajo. Que en la loa le dijese lo que me había preguntado, so pena de su desgracia, y al fin cumplí su mandato. Recógime, escribí un poco, y lo más que he alcanzado cerca de aqueste propósito diré aquí, si digo algo. Dientes, colmillos y muelas, blancura, cuenta y tamaño, que tendrán, quiero decir, con avisos necesarios. Ha de haber treinta y dos piezas, diez y seis en cada lado, cuatro dientes, dos colmillos y dos muelas, que llamamos colmillares, y ocho simples, doce arriba y doce abajo, y por todos treinta y dos, así en bajo como en alto. El ancho, largo y color será de un mismo tamaño; la dentadura por orden, los dientes algo más largos que las muelas y colmillos, muy poca cosa apartados, blancos, delgados, menudos, firmes y bien encarnados; los colmillos puntiagudos, rollizos, recios y blancos, y las encías delgadas; que esté el diente muy pegado á ellas, y éstas macizas, enjutas, color rosado; los dientes serán un poco más salidos los más altos, de manera que, cerrada la boca, cubran los bajos, y las muelas, que parezcan de una pieza entrambos lados. Digo, pues, que para ser buena dentadura, es llano que tendrán los que aquí he dicho, y es aquesto lo ordinario. Enseña naturaleza que estas muelas que tratamos son sólo para mascar, y así las dió asiento llano. Para morder, los colmillos, recios y agudos un tanto, y para bien parecer y bien hablar, dientes blancos. A aquestos suelen venir por momentos muchos daños, nacidos de corrimientos, fistolas, flemón salado, apostemas, pudrimientos de algunos dientes gastados, dolor, movimiento, toha, limosidad, olor malo, neguición, deminución y otros males que no trato, que hay también cruentación, esponjosidad, y tantos que fuera nunca acabar

decir dellos ni tratellos, que hay remedios para todos, mas por no enfadar los callo. Aceites y aguas diversas os diré algunas de paso, como es agua llovediza, rosada, llantén, del palo. Agua de murta, agua ardiente, agua de lentisco amarga, agua de piñas, zumaque, aceite simple y rosado. Aceite de mirto, almástiga, azúcar candi, alabastro, cortezas de olmo y ciprés, de pino y nogal granado. Canela, cuerno de ciervo, coral blanco y colorado, cáscaras de huevos, cal, cardamomo, cera, clavos. Incienso, ladrillo, hollín, huesos de mirabolanos, las hojas de hiedra, ruda, oro, plata, orines, bálsamo. Raíces de nogal, rosas, romero, sangre de drago, triaca, torvisco, vidrio, rasuras, vinagre aguado, piedra, alumbre, porcelana, salvia y unguento egipciaco, sal común, violetas, vino, piñas, jarabe violado. Desto se hacen cocimientos, agua estética, y del palo pebetes, destilaciones, pólvora, colirios, bálsamos. Polvos, conservas, opiatas y otras mil cosas que callo, por dejar lo que no importa é ir á lo que hace el caso. Para que la dentadura esté limpia todo el año y se conserve en su ser, lo siguiente es necesario: Lo primero que han de hacer, luego que hayan despertado, es enjugar las encías con un paño muy delgado. Luego inmediato tras esto, después de ya levantados, enjuagarse bien la boca con agua fría en verano. Y para que temple el frío, en invierno de la mano, porque el agua es santa cosa y este un remedio acertado que refresca las encías, temple el calor demasiado, modifica la inmundicia, y sobre todo, es muy claro. Que repercute la reuma y asimismo el vino aguado, después de comida ó cena, es bueno para enjuagarlos. Los mondadientes que se usan son tan diversos y tantos, que unos los traen de viznaga, tea, enebro y otros palos.

De nogal, salce, lentisco, malvavisco, hinojo, y damos en traer de plata y oro, que esto es malo de ordinario. Y lo mejor que es de todo y que más fácil hallamos y podríamos traer, es una pluma de ganso. Pues no tiene calidad contraria, es recio y delgado, y limpia entre diente y diente mejor y es mucho más sano. Que los demás que aquí he dicho y de que muchos usamos, corta la toha mejor y éste ha de ser romo y blando. Digo también que á los dientes es dañosísimo y malo lavarse con lejías fuertes los cabellos ni enrubiallos. Ponerse afeite en los rostros, comer dulce, leche, rábanos, berzas, repollos, cebollas, queso, cuajada, pescado. Y cualquier cosa flemosa, esto cuando es de ordinario, y mucho que, como dicen, rejalgan poco no es malo. Comer canteros de pan muy duros, es reprobado; hacer fuerza con los dientes es de hombres insensatos. Roer huesos, comer nervios, beber tras lo frío cálido ni tras lo cálido frío es dañoso, y acertado comer un poco de pan antes desto, y aquí paro con decir, señora mía, que no sé más deste caso. Ésto he dicho de experiencia y de haberlo ejercitado; vuesa merced me perdone, que yo holgara saber algo cerca de aqueste propósito, que es el que se me ha mandado; mas reciba mi deseo de servirla, que es tan alto, que donde yo acabo, empieza, señores, á suplicaros, perdonéis mi atrevimiento, que ya conozco que os canso con necedades prolijas, con fabulosos engaños, con disparates forzosos y con versos mal limados; mas todo tiene disculpa con ser yo vuestro criado y tan honrado mi celo de serviros y agraderos.

104

XX.—(Sin título.)

En la ciudad más insigne que hay en Francia, Egipto, España,

ni el sol y las cinco zonas alumbran con su luz clara; no la que Baco fundó, Tebas ni la gran Dardania, Parténope la famosa, que es la belleza de Italia, ni del nevado alemán á la adusta Tingintania, hay ciudad que sea mejor que la insigne Salamanca. Si miráis sus edificios, asientos, calles y casas, colegios, templos y escuelas, muda quedará la fama. Si advertís en los regalos de su generosa plaza, en grandeza y bastimentos, ¿cuál en el mundo la iguala? Si queréis ver su nobleza, veréis en ella cifrada toda la que tiene el suelo de Europa, Flandes y Francia. Pues si miráis sus ingenios, tanta ciencia y letras tantas, decid todos NON PLUS ULTRA, aquí es donde el mundo acaba. Donde acaba y donde empieza, pues vemos que es cosa clara que los que el mundo gobiernan son ramos de aquesta planta. Los pilotos que en la nave de Dios gobiernan las almas, salen desta gran ciudad, para saber quién es, basta. Cardenales, arzobispos, reyes, príncipes, monarcas que tienen al mundo en peso, ella les dió las tiaras, las mitras y las coronas; de ella han salido las plazas de presidentes, oidores, dignos de eterna alabanza. Pues si dejamos las letras y venimos á las armas (aunque ha publicado guerra contra la pluma la lanza.) Ya conocemos, y es cierto que entre las naciones varias que tiene el mundo españoles, entre todas se aventajan, pues si españoles buscáis buscadlos en Salamanca, que allí hallaréis de andaluces la flor de Córdoba y Málaga. Si de Castilla, también; si de Aragón, de Navarra, de Valencia, Cataluña, de Portugal, de Vizcaya, de Galicia, de León, de las Asturias, Montañas, todo lo mejor de todo, aquesta ciudad abraza, porque los siete milagros del mundo en ella se hallan, y la que aquel poblador fundó primero en España. Digo, pues, que un estudiante

de aquesta ciudad sagrada,
 á quien el gran Aristóteles
 en ninguna ciencia iguala,
 me contó un cuento donoso
 que os ha de parecer fábula,
 no sucedido en la China,
 en la isla Trapobana,
 en los montes Pirineos,
 de Chipre ó de Sierra Caspia,
 sí en el reino de Valencia,
 que me dijo ser su patria.
 Fué el caso, que hay de costumbre
 celebrar con muchas danzas
 mil diversas invenciones,
 autos divinos y farsas,
 aquel día tan solemne
 en que Jesucristo baja
 desde el cielo hasta la tierra
 á darse al hombre en substancia.
 Entre todas estas cosas,
 me dijo: «Sacan un águila,
 donde va metido un hombre,
 con unas muy grandes alas.
 La cual va haciendo camino
 cuando la procesión pasa,
 y juntamente con esto,
 entre otras figuras, sacan
 á dos ángeles vestidos,
 muchachos de buenas caras,
 con cabelleras muy rubias
 y con sus alas doradas.
 Viendo, pues, un labrador
 la fiesta, por su desgracia,
 al águila y á los ángeles
 y á las alas que llevaban,
 fabrica en su pensamiento
 la más peregrina traza,
 la invención más inaudita
 que el gran Sertorio inventara,
 ni en género de tormentos
 Perilo, ni el rey de Tracia,
 Progne, Scinis ó Medea,
 que con ésta todos callan.
 Pues pareciéndole á él
 que con las alas volara,
 procura hacer experiencia
 de su imaginación vana.
 Y habiendo de ir otro día
 al campo que acostumbraba,
 á un hijo suyo le dijo
 que llevase allá las alas.
 Llevólas, y á medio día,
 cuando del trabajo alzan
 un rato para comer,
 le dijo aquestas palabras:
 «Has de saber, hijo mío,
 que he pensado una gran traza
 para no venir á pie
 á la heredad desde casa.
 Y es que, si con gran fuerza
 aquestas alas me ataras
 á los brazos, pienso yo
 que, cual las aves, volara.»
 Al hijo le pareció
 aquella invención no mala,
 y determinase al fin
 de hacer lo que el padre manda.

Átaselas fuertementé,
 y en una peña muy alta
 el pobre viejo se sube
 á ejecutar su ignorancia.
 Empezó á mover los brazos,
 y con las alas trabaja
 para levantar el vuelo,
 y viendo que no bastaba,
 dijo al hijo que, entretanto
 que sus fuerzas le ayudaban
 y estuviere algo más diestro
 en el volar, que llegara
 y le diera un empujón;
 obedece el hijo y calla,
 con el deseo de ver
 el fin de invención tan alta.
 Llega y dale, y por volar
 hacia el cielo, da en el agua,
 que era un pequeño arroyuelo
 que al pie de aquel monte estaba.
 Quebróse el misero viejo
 los brazos y las quijadas,
 una pierna y la cabeza,
 y viendo lástima tanta,
 el hijo fué á buscar gente;
 vienen, llévanle á su casa,
 pónenle en cura, y al fin
 de más de cinco semanas,
 que estaba el triste mejor,
 dijo á los que le curaban
 que le pareció, sin duda,
 cuando cayó, que volaba.
 Y que volara sin duda
 si no llevara una falta;
 y preguntado qué era
 aquello que le faltaba,
 le respondió que la cola,
 que, á no faltarle, volara;
 pero que él se acordaría
 para otra vez de llevarla.»
 Bien podré decir ahora
 que, entre muchos que aquí hablan,
 hay algunos á quien sobra
 lo que al labrador faltaba.
 ¡Cuántos hay aquí con colas!
 ¡A fe que si rebuznaran,
 que dijeran que eran bestias
 más de cuarenta que callan!
 Los que dicen mal del verso,
 de la comedia y la traza,
 si fué propia ó si fué impropia,
 larga ó corta la jornada.
 Traer las comedias buenas
 para el autor es ganancia,
 que pues le cuestan su hacienda,
 no procura que sean malas.
 Sucede que compra una,
 que, leída y ensayada,
 nos parece milagrosa,
 y es mala representada.
 ¿Quién tiene la culpa desto?:
 ¿el poeta?, no; ¿la farsa?,
 menos; ¿los representantes?,
 tampoco; ¿será el erralla?,
 no, por cierto; no es la culpa
 sino vuestra, cosa es llana;
 á los de las colas digo,

los que enmiendan, los que tachan,
 los que pretenden volar
 sin alas donde no alcanzan,
 los que quitan, los que ponen
 y no les contenta nada.
 Que como la presunción
 les sobra, que es cola larga,
 piensan con ella suplir
 lo que no alcanzan sus alas.
 De aquestos, pues, es la culpa,
 pero nuestra la desgracia
 en haber de alas tan pocos
 para suplir faltas tantas.
 Pero á los pocos que hubiere,
 que pocos pienso que bastan,
 suplico que si nosotros
 hoy voláremos sin alas
 y desde el monte del yerro
 se despeñase la farsa,
 con las alas de su ingenio
 suplan todas nuestras faltas.

105

XXI.—En alabanza del silencio.

No salgo á pedir que callen,
 no á pedir silencio vengo,
 que ya no se halla en España,
 ni en los más remotos reinos.
 Ya en los alcázares sacros,
 ya en los cristalinos cielos,
 ya en los siete errantes signos,
 ya en todos cuatro elementos.
 Ya en cuanto Telus ocupa
 con su manto obscuro y negro,
 ya en los astros luminosos,
 ya en los palacios de Febo,
 ya en los campos, ya en los prados,
 ya en los lugares plebeyos,
 ya en los más peinados riscos,
 ya en los más desiertos yermos,
 ya en las plazas, ya en las calles,
 ya en las ventas, ya en los pueblos,
 ya en las fuentes, ya en los ríos,
 ya en los jardines, ya en huertos,
 ya ni en los cerúleos mares,
 ya ni en casas, ya ni en templos,
 ni en cuanto hay del Gange á Atlante,
 ya no se hallará silencio.
 ¡Ah, omnipotente fortuna,
 y cómo es fácil tu crédito!
 ¡Ay, cielo voluble y móvil!
 ¡ay, triste siglo del yerro!
 ¡ay, hambre sedienta de oro,
 á cuántos hidalgos pechos
 tu cruel maldad incita
 á hacer negocios bien feos!
 ¡Ay, vengativas discordias!
 ¡ay, pálido y torpe miedo!
 ¡ay, trabajos, ay, desdichas!
 ¡ay, amor, ay, duros celos!
 ¡Ay, gran máquina del mundo!
 mas ¡ay, licencioso tiempo,

con qué ligereza pasas
 y cuán veloz es tu vuelo!
 ¡Cómo encumbras al humilde
 y humillas al altanero,
 descasas á los casados
 y cautivas los solteros!
 Quitas mujer, das amiga.
 Mas, ¿cómo es posible, tiempo,
 que olvides discretos pobres
 y quieras á ricos necios?
 ¡Ay, silencio de mi alma!
 Quédese aquesto en silencio;
 que yo callaré verdades
 bien á costa de mi pecho.
 Murió el silencio, ya en fin;
 ya en fin, el silencio es muerto;
 envidiosos le mataron,
 que ¿á quién no matarán ellos?
 Crédito, fortuna, amor,
 trabajos, desdichas, celos,
 oro, bien, necesidad,
 discordias, maldades, miedo.
 Mundo, temor, cielo, tierra,
 mujeres, máquinas, tiempo,
 envidia, discretos, pobres,
 casados, ricos y necios.
 Todos éstos le mataron,
 y aquesto sé por muy cierto,
 y si queréis saber cómo,
 estadme un poquito atentos.
 Cuando en descanso apacible,
 en grave y profundo sueño,
 en el silencio y aplauso
 de la muda noche en medio,
 los humanos dan reposo
 á los miserables cuerpos,
 cual si el licor de la Estigia
 ó las aguas del Leteo,
 les hubiera rociado
 ojos, sienes y cerebros;
 cuando al fin descansan todos
 y yo solo, triste, peno,
 por medio de una ancha calle
 vi venir un bulto negro,
 y entre un susurrar confuso
 algunos suspiros tiernos.
 Detuve el paso; paréme,
 harto temeroso el pecho,
 inquieto el corazón,
 erizados los cabellos.
 Ya que estuvieron más cerca,
 vi cuatro enlutados cuerpos
 con grillos y con cadenas
 todos cargados de hierro.
 Llevaban cuatro mordazas
 y al misero són funesto,
 mil tristezas, mil gemidos,
 ansias, congoja y lamentos.
 Sustentaban en los hombros
 una ancha tabla ó madero
 traída del sacro Gárgano,
 sin duda para este efecto.
 Iba de diez mil heridas
 un hombre pasado el pecho,
 y en cada herida una lengua
 y á un lado aqueste letrado:
 Estas me dieron la vida

y auestas lenguas me han muerto.
 Era la noche tan clara,
 cual si la aurora en el cielo
 con su lámpara febea
 luz diera á nuestro hemisferio.
 De suerte que pude ver
 todo lo que iré diciendo;
 iba al otro lado escrito
 aqueste epitafio en verso:
*Bueno me ha dejado el tiempo,
 y para mejor decir,
 con tiempo para morir
 y para vivir sin tiempo.*
 Llevaba un purpúreo lustre
 y un hermoso rostro bello,
 que le juzgara por vivo
 á no saber que iba muerto.
 No pude saber quién era,
 y deseando saberlo,
 lleguéme más, y en la boca
 llevaba escritos dos versos:
*Aquí yace mi ventura
 y aquí dió fin el silencio.*
 De una novedad tan grande
 quedé admirado y suspenso,
 y por saber lo que fuere
 quise ver el fin postrero.
 Fueron saliendo hacia el campo,
 y al fin me salí tras ellos,
 y entre unos sombreros árboles,
 de hojosas ramas cubiertos,
 cuyas levantadas cimas
 competían con los cielos;
 adonde nace una fuente
 y despeña un arroyuelo,
 que con rauda remolino
 hace un sonoro estruendo,
 sobre una nativa piedra
 pusieron el triste cuerpo.
 Y encima dél muchos ramos,
 colocasia y nardo bello,
 sagrado mirto y laurel,
 y acanto florido en medio.
 Y con yesca y pedernal,
 otros encendiendo fuego,
 donde aplicaban olores
 quemando incienso sabeo.
 Al fin le dieron sepulcro,
 y después de todo esto,
 ocho funerales hachas
 sobre el sepulcro pusieron.
 No pude esperar á más,
 porque ya iba amaneciendo,
 y el ánimo no era tanto
 que no le venciera el miedo.
 Yéndome, pues, á mi casa,
 vi llegar algunos presos
 por indicios desta muerte
 condenados á tormento.
 Vi que la justicia andaba
 grande información haciendo,
 por saber quién le mató
 y nunca se ha descubierto.
 Esto está en aqueste estado;
 todos me tengan silencio,
 porque al primero que hablare
 he de decir que le ha muerto.

106

XXII. — (Del Amor.)

Debajo de una ventana
 que mira al sagrado Betis,
 cuyas cristalinas aguas
 besan sus murallas fuertes,
 estaban ciertos amigos,
 destos de manteo y bonete,
 tratando ayer del amor
 anochece que anochece.
 Llegué, y aunque iba de prisa,
 por escucharles, paréme,
 y oí que el uno decía:
 «Este es pájaro celeste,
 pues que vuela más que el viento
 y anda vendado siempre,
 con arco y flechas al hombro,
 hiriendo y matando gentes.
 Mas las heridas que da
 no son heridas de muerte,
 sino heridas con que sangra
 las bolsas de los que hieren.
 Es amigo que le den;
 quiere más mientras más tiene,
 y todo aquesto que he dicho
 de aqueste verso se infiere:

Crescit amor nummi quantum ipsa pecunia crescit.»

Dijo otro: «Dadle á las furias,
 que hartas haciendas tiene
 usurpadas el avaro,
 usurero maldiciente,
 cuya avaricia profunda
 á la de Midas excede,
 como se podrá entender
 deste verso claramente:

Avaritia caput malorum est omnium.»

Dijo otro, medio poeta:
 «Amor es un accidente,
 es un caos, es confusión,
 es un no ver, no entenderse,
 es en el siglo un infierno,
 es rabia, es la misma muerte
 y es la mayor maravilla
 de las maravillas siete.
 Es en éstas, mis señoras,
 cual suele ser un cohete
 de una centella encendido,
 que allá en el cielo se mete.
 Y en faltando la materia,
 que es este dar que apetecen,
 cae de la esfera del fuego
 en el agua, donde muere.
 De la hermosura no nace
 este trasgo en quinta especie,
 que á ser así no dijera
 Virgilio el verso siguiente:

Hic crudelis amor tauri supostaque surto.

Pero nació este nigromante
 de lo que el Petrarca quiere,
 cuando en su triunfo de amor
 aquestos versos se leen:

*Eli nacqe, de otro e di lasciva humana,
 nudrito di pensier dolci e soavi,
 fato signor, e dio da gente vana.»*

Dieron todos en reir,
 y yo clavado quedéme,
 pensando quién pueda ser
 aqueste trasgo ó juguete;
 y con este pensamiento
 fuime á mi casa y dejéles,
 confuso con mi cuidado
 y con el buen rato alegre.
 Estuve considerando
 quién este buen hombre fuese:
 qué talle podía tener;
 si andaría vendado siempre;
 si tendría los ojos grandes,
 como otros muchachos suelen;
 si hablaría como yo
 y todas vuestas mercedes.
 ¡Un niño que á todos manda,
 rapaz que á nadie obedece,
 un ciego que nos gobierna
 y un Dios que todo lo puede!
 Y al cabo de más de una hora
 que procuré conocerle,
 me pareció que sería
 un muchacho regordete,
 como aquel, Moscatelillo,
 que está jugando allí enfrente;
 y estando considerando
 las propiedades de aqueste,
 acordéme de su padre,
 que es dios que todo lo puede:
 quiero decir el dios Marte,
 á quien el mundo obedece,
 á quien el cielo respeta
 y todos los hombres temen;
 figuré en mi pensamiento
 un hombre de extraña suerte,
 alto, sufridor, nervioso,
 robusto, fiero, valiente,
 intrépido, denodado,
 animoso, bravo, fuerte,
 esforzado, guerrador,
 gran comedor de molletes,
 de unas narices muy grandes,
 como otras que ya me entienden,
 que son trompa de elefante,
 de un amigo penitente,
 un hombre de grande espalda,
 de facciones diferentes,
 cejjunto, patituerto,
 los ojos chicos y alegres,
 como aquél, que está sentado
 vuelta la cara á la gente.
 Discurriendo por mil lances,
 de lance en lance, acordéme
 de aquel dios de Monicongo
 que andaba tiznado siempre.
 Dícenme que fué Vulcano
 deste dios Marte pariente,
 no sé si en el sexto grado,
 que este texto no parece.
 Pensando en aqueste dios,
 casi elevado quedéme,
 de verle, junto á la fragua,
 ser dios y andando los fuelles.
 Considerando entre mí
 el talle que tendría deste,
 pinté en mi memoria un hombre

de baja y humilde suerte.
 Digo que sería callado,
 sufrido, honrado, paciente,
 amigo de hacer su oficio
 y en lo demás no meterse.
 Toda la cara tiznada:
 narices, orejas, frente;
 los brazos arremangados,
 dando martilladas siempre,
 con un delantal de cuero
 y en la cabeza un birrete;
 de buen cuerpo, corcovado,
 chica boca, grandes dientes,
 brazos, piernas, pecho, espaldas,
 tan blancos como la nieve,
 pero el vello sería tanto
 que pusiera espanto el velle.
 ¡Válgate Dios, por herrero,
 y qué mala cara tienes!
 Paréceme que sería
 como aquel negro de enfrente.
 Pero ¡que casase Venus
 con un hombre como aqueste!
 Una dama tan hermosa,
 de tan honrados parientes,
 que sería, sin duda alguna,
 una mujer con copete,
 con un verdugado grande,
 con muchas dueñas y gente;
 muy hermosísima y grave,
 de un rostro resplandeciente,
 sabia, honesta, recatada
 y que no se pondría afeite;
 con un manto de soplillo,
 vestida de blanco y verde,
 los ojos zarcos azules,
 de aljófar sus blancos dientes.
 ¡Hideputa, bellacona!
 ¡cómo tendría buen jarrete
 y sabría amartelar
 á los hombres con desdenes!
 ¡Qué amiga sería de arroz
 y de patatas calientes,
 como aquella mi señora
 que está sentada allí enfrente!
 Pero sólo faltó á Venus
 que una criada tuviese,
 como otra Circe ó Medea,
 que embelesase la gente,
 que no importa la hermosura
 en las hembras, todas veces
 que hay feas con mucha dicha
 y hermosas con poca suerte.
 Pero, ya que toqué en Circe,
 será acertado que piense
 quién sería esta mujer
 que tanto embeleso hiciese,
 tantos enredos, marañas,
 encantamientos, vaivenes,
 embustes, hechicerías
 y tanto engaño á las gentes.
 Digo yo que sería esta:
 moza no es posible fuese,
 sino alguna mala vieja
 de más de setenta y nueve;
 la barbilla arremangada,
 arrugada cara y frente,

la boquita con alforzas,
 las narices con joaneses,
 la frente con pabellón,
 los ojos con caballetes,
 el rostro con espolones
 y las manos con caireles.
 ¡Válgate el diablo por vieja!
 ¿Qué me haces señal? ¿Qué quieres?,
 que no diré que eres tú,
 que ya conozco quién eres.
 ¿Tengo de decir quién es?
 No, que basta que me entiende
 y está sentada frontero,
 entre aquellas dos mujeres.
 Señoras, nadie se corra,
 y si saber quién es quieren,
 es la que fuere más vieja
 de todas vuestas mercedes.
 Y si alguna confesare,
 quiero que me den la muerte,
 que no hay vieja que sea vieja
 ni moza que serlo piense.
 Mas ruego á Dios que, si hablaren,
 que Dios la dé, como puede,
 mal de madre, romadizo,
 calentura, tabardete,
 tiña, bubas, pestilencia,
 ausencia, celos, desdenes
 á ellas, si no callaren,
 y á todas vuestas mercedes.

107

XXIII.—(Loa para empezar en Valladolid la compañía de Ríos.)

JUANA. No por mucho madrugar
 amanece más afina.
 ROJAS. La ocasión es peregrina.
 JUANA. ¿Qué hemos de representar?
 ROJAS. En Valladolid estamos:
 ya no hay temer, sino hacer.
 JUANA. Pues ahora quiero ver
 la farsa con que empezamos.
 El temor que traigo veo,
 porque es tan grande mi amor,
 que deste justo temor
 se ha engendrado mi deseo.
 Vengo á agradar y á dar gusto,
 y como me veo venir
 sin fuerzas para servir,
 tengo el temor que es muy justo.
 Veo la mejor ciudad
 que ciñe el mar, cubre el cielo;
 veo la discreción del suelo,
 del mundo la majestad.
 Veo á Ríos, que se fué
 después del *Corpus* de aquí;
 veo que me trae á mí,
 y lo demás que trae sé.
 Que aunque es algo, todo es nada,
 porque habiendo estado tanto
 en esta corte, ¹ me espanto

¹ La corte de Felipe III estuvo en Valladolid desde 1601 á 1606.

hiciese aquesta jornada.
 Comedias trae, no lo niego;
 pero si á Toledo tiene
 y á Madrid, cómo se viene
 donde ayer salió, está ciego.
 ROJAS. Como el fuego va á su esfera,
 el aire á su firmamento
 y á su húmedo elemento
 el pez, de aquesta manera
 acude Ríos aquí,
 como aire, pez, fuego y mar,
 que es su centro este lugar
 y descansa en él.
 JUANA. Así...
 ROJAS. Fuera desto trae estudiadas
 seis comedias.
 JUANA. Ya lo sé.
 ROJAS. Pues si lo sabe, ¿no ve
 lo que han sido celebradas
 donde se han hecho?
 JUANA. Ea, acabe.
 ROJAS. Sin esto, por mejoría,
 yo mi casa dejaría.
 JUANA. Sí, pero quien poco sabe...
 ROJAS. Dirá que prestó lo reza.
 JUANA. Es así.
 ROJAS. Pues, mi señora,
 deje ese temor ahora,
 que á representar empieza.

QUITERIA Y TORRES.

TORRES. ¿Dónde irá el buey que no aré?
 Si va á decir la verdad,
 pardiez que es temeridad
 lo que hace Ríos.
 QUITERIA. Donaire
 tiene; ¿de qué es el temor?
 TORRES. De lo que es justo tener;
 que es haber salido ayer
 y volver hoy, que es rigor.
 QUITERIA. Ahora, por lo que dirán
 no venga de mala gana;
 que el molino andando, gana.
 TORRES. Bien ó mal, casado me han.

BARTOLICO Y MARÍA, niños.

BART. Á las veces lleva el hombre
 á su casa con qué lllore.
 MARÍA. ¿Quién es el hombre?
 BART. No ignore
 que lo soy.
 MARÍA. ¿Cómo se llama?
 BART. Bartolillo.
 MARÍA. ¿Y eso solo
 es nombre de hombre?
 BART. Señora,
 Bartolillo soy ahora;
 mas ya puedo ser Bartolo.
 Así me puedo llamar,
 que si he de decir y hacer,
 á más me puedo atrever;
 y si no, ¿quiere apostar?
 No diga más.
 MARÍA. Va un doblón
 que no hace lo que yo hiciera.
 BART. Aqueste nonada quiere
 que le vuelva un torniscón.

BART. Si soy Bartolillo ó no,
 quiero que en esto se vea:
 va un ochavo que no mea
 á la pared como yo.
 Pero gente veo venir,
 y por esto callo, dama,
 si no...
 CALLENUEVA Y ARCE.
 CALLE. Cobra buena fama
 y échate luego á dormir.
 ARCE. En la corte estamos ya.
 CALLE. Yo espero en Dios que han de ver
 letras que sombra han de ser
 de cuanto bailado está.
 ¿Qué decís vos?
 ARCE. Que me corro
 de no poderla servir.
 CALLE. Por vos se podrá decir
 bailó bien. ¹

RAMÍREZ Y ROSALES.

RAMÍREZ. Mal de muchos, gozo es.
 ROSALES. ¡Vive el cielo que me he holgado
 de echar cuidados á un lado
 estos dos meses ó tres!
 RAMÍREZ. ¿Qué alegre estáis!
 ROSALES. ¿No he de estar?
 RAMÍREZ. Por mi vida que me espanta.
 ROSALES. Señor, cada gallo canta...
 RAMÍREZ. ¿Adónde?
 ROSALES. En su muladar.
 RAMÍREZ. Pues vos, ¿sois gallo ó capón?
 ROSALES. En los nidos del otro año
 no habrá pájaros hogaño.
 RAMÍREZ. En eso tenéis razón.
 Que si barbado no habéis
 en tanto tiempo como ha,
 como pájaros habrá,
 pues vos barbas no traéis.

ANTONIO Y SOLANO.

ANTONIO. Díjole la leche al vino:
 bien venido seas, amigo.
 SOLANO. Yo soy deso buen testigo.
 ANTONIO. Sin serlo yo lo adivino.
 En Valladolid estamos,
 señor Solano; ya veo
 cumplido vuestro deseo,
 pero no el que deseamos.
 Que es de acertar á servilla
 como es razón. Bien podéis,
 que en su grandeza veréis
 una octava maravilla.
 SOLANO. Con eso el temor aplazo
 y quedo más satisfecho;
 mas dicen que honra y provecho
 que no caben en un saco.
 ANTONIO. Ríos viene.
 SOLANO. ¿Ríos?
 ANTONIO. Sí.
 RÍOS. Ahora Dios me dé contienda,

¹ Aquí falta algo, pues el verso queda incompleto. En la edición de 1793 se suple con estas palabras: «y echaisme del corro», que, si completan el sentido, dejan defectuoso el verso.

ruego á él, con quien me entienda.
 Señores, ¿qué hacen aquí?
 JUANA. Estábamos esperando
 si se ha de representar.
 RÍOS. ¿Ya no es hora de empezar?;
 ¿qué esperan?
 JUANA. Estoy dudando
 si es de burlas ó es de veras
 lo que dice, señor Ríos.
 RÍOS. ¿Qué donosos desvaríos!
 JUANA. Mas ¡qué gentiles quimeras!
 ANTONIO. Hay algunos descontentos
 y están con algún temor
 de salir aquí.
 RÍOS. Señor,
 esos son otros quinientos.
 Pero quisiera saber
 de do el temor ha nacido.
 JUANA. ¿De dónde?; de haber salido
 de aquesta ciudad ayer.
 Hacer como hizo la fiesta
 y haberse representado
 lo más del año pasado
 en ella; la causa es ésta.
 ROJAS. Señores, no nos matemos.
 Los que entonces me ampararon,
 favorecieron y honraron,
 ¿no son los mismos que vemos?
 ¿No son éstas, mis señoras,
 las que mercedes me hacían
 y entonces favorecían
 en mi comedia dos horas?
 Así humildes como altas,
 ¿no gustaban de ampararme,
 de verme, oirme y honrarme,
 perdonándome mis faltas?
 Los duques, condes, marqueses,
 caballeros principales,
 nobles, discretos, leales,
 generosos y corteses
 que en ese tiempo me honraban,
 ¿no son los mismos que veo?
 Hasta aquestos bancos creo
 son los propios que alquilaban.
 ¿No son estos mosqueteros
 quien, con gozos infinitos,
 aquí me daban mil gritos
 y á la puerta sus dineros?
 Hablad, mosqueteros míos;
 respondedme unos ú otros;
 que, pardiez, que sois vosotros
 los que hacéis la barba á Ríos.
 Son nuestras ollas las cajas
 donde cobran los dineros,
 y dellas los mosqueteros
 el tocino y zarandajas.
 ROSALES. ¿Cómo se han de haber mudado
 todos los que están aquí,
 si yo con barbas salí
 y me he vuelto desbarbado?
 Y que es posible que crece
 cabello, uñas, persona,
 y esta barba socarrona
 continuo se está en sus trece.
 BART. Todos los santos le valgan,
 mi señor, no esté afligido,
 porque en todo largo ha sido,

- mas no en que barbas le salgan.
El juró, dándole, vaya,
antes de Pascua barbar;
pero ya puede cantar:
«Jura mala, en piedra caya.»
- ROSALES. Niño, tengoos de azotar.
Con la merced que alcanzamos,
señores, adentro vamos,
que ya es hora de empezar.
- ANTONIO. Eso es andar por las ramas;
señoras, pues son tan bellas,
hablen los galanes; ellas
y Rosales á las damas.
- ROSALES. Digo, pues, que yo me fundo
en serviros humillado,
como el hombre más barbado
que tenga España ni el mundo.
(Entrase cada uno como hablando.)
- JUANA. En tu gran merced fiada,
segura me puedo entrar.
- QUITERIA. Yo también con suplicar
me amparéis como á criada.
- MARÍA. Yo para servir nací;
no tengo que me ofrecer.
- ARCE. Yo, que me he holgar, he de ser
el mejor que viene aquí.
- ANTONIO. Yo me ofrezco, que es muy justo,
como un humilde criado.
- TORRES. Y yo, como esclavo, herrado
al banco de vuestro gusto.
- SOLANO. Yo os pido, por Dios, también
recibáis mi voluntad.
- CALLE. Yo que guarde esta ciudad
por muchos años, amén.
- RAMÍREZ. Yo, que es lo más importante,
me perdonéis, os suplico.
- BART. Yo quisiera, aunque soy chico,
ser, en serviros, gigante.
- ROJAS. Yo, que me perdonéis vos,
si á serviros no acertare.
- RÍOS. Y si aquesto no bastare,
baste la gracia de Dios.

108

XXIV.—(En alabanza
de la letra A.)

De la antigua Babilonia,
ciudad insigne y soberbia,
hará que salí tres años,
plugiera á Dios no saliera.
Surqué el mar de Alejandría,
en Ancona pisé tierra,
vi á Nápoles, á Milán,
Padua, Génova, Florencia,
Sena, Numancia, Sicilia,
Tiro, Cartago, Venecia,
á Tebas, Corinto, Troya,
á Roma la santa y bella;
vi sus alcázares sacros,
murallas, torres, almenas,
pirámides, chapiteles,
bronces, mármoles y sierras,
pináculos y obeliscos,

cornisas, efigies, termas,
simulacros, mausoleos,
colosos, láminas, puertas,
monumentos inmortales,
y en los sepulcros, de letras
mil epitafios escritos
con caracteres de piedra.
Mas como el hombre se incline
continuo á ver cosas nuevas,
dejé á Roma, vine á España,
que es mi patria y es ajena,
pues ampara á los extraños
y á sus propios hijos niega;
que la virtud al extraño
hace natural por fuerza.
Yéndome, pues, una tarde
acaso á ver la comedia,
entre otras cosas que vi,
vi una novedad, que es ésta:
que en la loa engrandecían
la alabanza de una letra,
de forma que de una cosa
tan mínima y tan pequeña,
con divino entendimiento,
gracia, ser, ingenio y ciencia,
le venían á dar lustre,
forma, virtud y excelencia.
Yo, entendiendo parecerme
á uno destes que se emplean
en cosas tan levantadas,
quise alabar esta letra,
que es A, por ser de mi nombre,
mejor por ser la primera
que todas las que le siguen,
pues todas vienen tras ésta.
Digo, pues, que Dios se llama
en griego y en lengua hebrea,
Alphabeto y Adonaf,
y Ágnus Dei en cielo y tierra.
Los ángeles que crió
son las criaturas primeras,
donde Dios baja es altar
y ara donde se recrea.
El primer signo es Aries,
y Acuario el postrero llega;
también Apolo es el cuarto
de todos siete planetas.
Y los ejes de aquel cielo
que esta máquina sustentan,
llaman Artico y Antártico
y astros llaman las estrellas.
De todos cuatro elementos
los tres se nombran con ésta:
aire y agua, y en el texto
se nombra árida á la tierra.
Crió Dios al primer hombre,
que fué Adán, y aqueste peca;
dióle ánima, albedrío,
hizo en un árbol la ofensa,
restauróle amor divino,
fué Anunciación medianera,
trájola el ángel diciendo:
Ave María, gratia plena.
Ancilla Domini, dió
la Virgen por su respuesta,
su madre se llamó Ana,
Aula virginalis ella.

El primer mártir fué Abel,
patriarca Abraham era,
primer pontífice Aarón,
Amós y Albacuc profetas.
En un Arca salvó Dios
sus escogidos en tierra,
á sus Apóstoles hizo
vicedioses en su ausencia.
La primer ciudad cristiana
fué Antioquia la primera;
Ambrosio y Agustino
son doctores de la Iglesia.
Tres partes del mundo son
Asia, África y América;
y si extendemos la vista
por árboles, plantas, hierbas,
veremos almoradux,
alhelés, azucenas,
achicoria, acelgas, ajos,
ajonjolí, alcarabea,
anís, arrayán, ajenjos,
azahar, alpiste, avena,
amapolas, albahaca,
alfalfas, apio, alhucemas,
ambrosía, acanto y amomo,
ajenjo, amaro y adelfas,
los árboles, avellanas,
albaricoques, almendras,
aceitunas, alcaparras,
azufaiía, amacenas,
alcachofas, algarrobas,
con otras muchas, sin éstas.
Es el águila caudal
de todas las aves reina;
la más libre es el azor,
el alcón la más ligera,
de animales, el armiño
más bello y casto en limpieza;
el más fuerte es el abada,
el áspid más en fiereza,
el más pequeño, arador,
el más dulce es el abeja,
el más ponzoñoso araña
y más el asno en nobleza.
Los primeros navegantes,
Argonautas, y Argó era
la primera nave que hubo,
y lo que la nao gobierna
son aguja, y astrolabio
tienen árboles por fuerza,
y con áncoras y amarras
aquellas naves se aferran.
Estas han menester armas,
arcos, astas, y en troneras,
arcabuces, alabardas,
y si faltaran rodelas,
alfanjes, adarga, arnés,
ardid, ánimo y alteza,
son Atenas y Alcalá
depósito de las ciencias.
Fué Alejandro rey del mundo;
Augusto, señor de Grecia;
Antioco, rey de Egipto;
Ariadna, reina en Grecia;
Asaraco, rey de Troya;
Ascanio, el hijo de Éneas;
el mejor pintor, Apeles;

Arquímedes, Avicena,
Anaxágoras y Aristes,
inventores de las ciencias,
destos príncipe Aristóteles,
y Ariosto de poetas.
Alpes y Apeninos, montes
son los que ellos más celebran,
y porque se vea más claro
el valor de aquesta letra,
sólo al mudo se le entiende
A, a, a de todas ellas,
y entre todas las demás,
no pronuncian más de aquesta.
Principales instrumentos
que nuestra vida sustentan,
han sido aguijón y azada,
aguijada, arado y reja.
Son los mejores pescados
que el mar en su seno encierra,
albur, acedia y atún,
aguja, araña y almejas.
De las Indias orientales
vienen alfombras de seda,
ámbar, algalia y almizcle,
anime, algodón, alheña,
alabastros, amatistas,
sin otras preciosas piedras,
aljófares, abanillos,
para estas señoras reinas.
Ellas dicen: alma, amigo,
amor, deme una agujeta,
arivique, argentería,
alfileres y arandelas,
albayalde y alcanfor,
arrebol y arrebolera,
azafrán para la toca,
arina para la artesa,
almidón para las mangas,
azúcar para la lengua,
alcohol para los ojos,
alumbre para las muelas,
anillos para los dedos,
arillos á las orejas.
Lo que ha menester mi autor
auditorio á la comedia.
Ayuntamiento, aparatos,
atención, aplauso, alteza,
auxilio y autoridad,
argentum et aurum etiam.

109

XXV.—(Sin título.)

No en sus alcázares reales,
no en sus chapiteles altos,
no en los bronceos y obeliscos
del transparente alabastro,
no en la gran arquitectura,
no en los relevados casos
de historias acacidas
en bellos mármoles parios.
No de Dédalo en las obras,
labradas á lo mosaico,
no en las pinturas de Apeles

ni de Arquímedes retratos,
no en los portales ebúrneos
del sacro templo de Jano,
no en el mausoleo sepulcro,
no en los palacios troyanos,
no en el diamantino Hemo,
no en el nevado Moncayo,
no en el Mongibelo ardiente,
no en el sublime Cáucaso,
no en las lóbregas cavernas,
no en los enhiestos peñascos,
con cuyas cumbres compite
el elemento salado.

No en las cristalinas fuentes,
no en los borbollones raudos,
no en los frondosos olivos,
no en los cerúleos lagos,
no en las corrientes del Ebro,
no en el amoroso Tajo,
no en donde el Ganges y el Tíber
dan tributo al mar hinchado.

No donde Eolo gobierna
sus tremebundos vasallos,
con ser la región más fría
que tiene el cóncavo santo.
No donde el árabe habita,
no donde reposa el mauro,
no donde come el francés,
no donde ayuna el pagano.
No en las efigies supremas
que están en el zodiaco,
no en todas las cinco zonas,
no en el trópico de Cancro.
No en el lugar más sublime
de estrellas, signos y astros,
luceros nobles y quietos,
así fijos como erráticos,

puede haber gusto si el ausencia es llanto,
pena la gloria y muerte los regalos.
Pero, al fin, vuela el tiempo
y con sus mismas alas mis deseos.

Alcázares, chapiteles,
obeliscos, alabastros,
arquitecturas, historias,
Dédalo, mármoles parios,
Apeles, Juno, Arquímedes,
retratos, obras, mosaico,
Cáucaso y Mongibelo,
Hemo, Mausoleo, Moncayo,
portales, palacios, templo,
cavernas, cumbres, peñascos,
elemento, olivos, fuentes;
Ebro, Ganges, Tíber, Tajo,
árabe, mauro, Eolo,
franceses, región, pagano,
efigies, zonas, estrellas,
signos, luceros, zodiaco,

todo lo hubiera solo caminado
por veros, por serviros y agradaros;
porque á mi gran deseo,
sierras, montes y mares fueron viento.

No de aquel famoso Ajax
el suceso desgraciado,
el de Agenor y su Europa
ni el valiente Belisario.
De Curcio el insigne hecho
ni el de aquel famoso Claudio,

Leonidas ni Marco Sceva,
Milciades ni Torcuato;
no el heroico fundador
de aquel pueblo veneciano,
ni del gigante Briareo
las cien espadas y manos.
No la crueldad de Busiris
ni los Cicones Ismarios,
de Erine la gran discordia
ni de Cygne el llanto amargo.

No de Jacinto Amicleo
el bellissimo retrato,
la desgracia de Orión,
de Ino el intento falso.
No de aquel valiente Minias
el pecho animoso y bravo,
de Onfale reina el rigor,
la transformación de Glauco,
de aquellos Orfeos gallardos,
Yopas y Demodoco,
grandes músicos entrambos.

No la hermosísima Andrómeda
ni Asteria, retrato amado,
del ojo del cielo hermoso
que alumbra su luz á tantos;
no los caballos del sol,
de Canace el pecho osado,
la cabeza de Quimera
ni los Arúspices sabios;
no de Nubis la figura,
de Canícula el cuidado,
fábula de las palomas
ni de Polixena el llanto,
de Palinuro la suerte,
de Ramnusia los abrazos,
de Libitina las roscas,
del grande Jerges el campo.

No de Saturno el asiento
ni de Cipris los regalos,
del gran Faetón la caída
ni la muerte del Troyano,
pudieran impedir deseos honrados,
yendo á vuestro servicio dedicados.

Que Ajax, Agenor, Europa,
Belisario, Curcio, Claudio,
Leonidas y Marco Sceva,
Milciades ni Torcuato,
Antenor y Briareo,
Busiris, Erine, Ismarios,
Cygne, Jacinto Amicleo,
Minias, Ino, Orión, Glauco,
Onfale, Yopas, Demodoco,
Andrómeda, sol, retrato,
Canace, Quimera, Arúspices,
Nubis, Canícula, llanto,
Polixena, Palinuro,
fábula, Ramnusia, abrazos,
Libitina, Jerges, Cypris,
Saturno, Faetón, Troyano.

Nos trajeran á todos en sus brazos
por llegar á gozar vuestros abrazos;
que á los hombres discretos,
cielo, fortuna y tiempo están sujetos.
No el contento de serviros,
no el gusto de contentaros,
no la alegría de veros,
que nada aquesta ha igualado.

á tan nobles deseos ser ingratos.
Y si obliga el buen trato hasta los robles,
¿por qué no ha de obligar pechos tan nobles?

110

XXVI.—(Loa sacramental.)

Hoy, que es día de alegría,
de fiestas y convidados,
y tan gran huésped tenemos,
¿cómo no nos alegramos?
Alégrense el sol hermoso,
den gloriosa luz sus rayos,
pues tienen de mirar hoy
aquel sol divino y claro.
Alégrense las estrellas,
y bájenle acompañando;
luna, signos y planetas
á sus pies vengán postrados.
Hoy los ángeles se alegren,
también se alegren los santos;
querubines, serafines
te canten: *Te Deum laudamus*.

Alégrense el denso velo
del pabellón turquesado;
hoy las vírgenes se alegren,
santas, bienaventurados.
Alégrense los del cielo,
los confesores sagrados,
hoy los mártires se alegren
en premio de sus trabajos.
Alégrense nuestra vida,
pues hoy la eterna alcanzamos;
también la muerte se alegre,
pues goza del que ha triunfado.
Alégrense cielo y gloria,
pues se acaba nuestro llanto;
alégrense las ofensas,
las culpas y los pecados,
que á perdonar baja Dios,
y no sólo á perdonallos;
pero á darnos á sí mismo,
sólo con que le digamos:
Dómine mihi, non sum dignus,
que entres en mi cuerpo flaco,
mas por tu santa palabra
espero ser perdonado.

Sol, estrellas, lunas, signos,
planetas, ángeles, santos,
querubines, serafines,
velo, bienaventurados,
santas, confesores, vírgenes,
cielo, mártires sagrados,
vida, gloria, muerte, pena,
hombres, culpas y pecados,
todos se alegren con un bien tan alto,
panderos y sonajas repicando;
salgan pastores, toquen instrumentos,
y aquí bailando canten estos versos.

(Salen los músicos con panderos, sonajas y guitarras, y cantan
y bailan todos.)

Que no me los ame nadie
á los pecadores he,

No los caminos ni penas,
no los pasados trabajos,
no los cielos rigurosos
ni el tiempo cruel y airado;
no la vida que vivimos,
no la muerte que esperamos,
no el regalo que hoy tenemos,
no nuestra muerte y descanso.

No el amor que todos traen,
no el deseo de agradaros,
ni fortuna que le impide,
haciendo mares los campos.
No las peñascosas sierras,
los montes de nieve canos,
contra quien el cielo inmenso
despide furiosos rayos.

No aquesta ciudad famosa,
no sus templos sacrosantos,
no su río y alameda,
sus fuentes, casas y prados.
No la prudencia, que encierra
el mundo y sus partes cuatro,
cifrada en sus bellas damas
de hermosura, ingenio y trato.

No los caballeros nobles,
oficiales hijosdalgo,
ni el título que nos dáis,
ni el favor de que hoy gozamos;
no el estado en que nos vemos,
la humildad que profesamos;
no la honra y el provecho,
que aquí caben juntos ambos.

No vuestra gran discreción,
no su nobleza y aplauso,
que á nuestra gran voluntad
sirve de escudo y amparo.
No la razón que tenéis
de oirnos y de ampararnos,
ni la ventura que desto
seguimos si lo alcanzamos.

No el ser, señores, quien sois,
que aunque esto os obliga tanto,
no os obligue, que no es justo
ni el ser yo vuestro criado.

Sino el amor inmenso y celo honrado,
que á vuestros pies, humilde, me ha arrojado;
que si humildad levanta,
hoy la mía en los cielos me trasplanta.

Contento, gusto, alegría,
caminos, penas, trabajos,
cielos, tiempo, vida, muerte,
regalo, gloria, descanso,
amor, deseo, fortuna,
campos, sierras, montes, rayos,
ciudad, templos, alamedas,
río, fuentes, casas, prados.
Prudencia, damas y mundo,
hermosura, ingenio, trato,
caballeros, oficiales,
título, favor, estado.

Humildad, honra, provecho,
discreción, nobleza, aplauso,
voluntad, amparo, escudo,
razón, ventura y criado.

Todo á vuestra grandeza lo consagro,
si hiciédeses conmigo este milagro.
Pues no es de hidalgos tratos

que yo que morí por ellos,
cuerpo y sangre les daré.
Alégrense el purgatorio,
digan las almas cantando:
In te Dómine speravi;
aunque sea tu plazo largo.
Alégrense los infiernos;
mas no pueden, que su llanto
es sin fin, y pues lo es,
nulla est redemptio, digamos.
Alégrense el aire y fuego,
alégrense el mar hinchado,
también la tierra se alegre,
de tanta gloria gozando.
Alégrense el gran Pontífice,
pues hoy viene á visitarlo
el gran Dios, que es trino y uno,
Padre eterno y consagrado.
Hagan fiestas y alegrías,
alégrense sus prelados,
pues baja Dios á la tierra
á ser hoy su convidado.
Alégrense rey y reina,
que guarde el cielo mil años,
pues es Dios quien les convida
y á sí mismo viene á dallos.
Hoy Valladolid se alegre,
pues goza del bien más alto,
que gozó ciudad ninguna
en presentes ni pasados.
Alégrense sus consejos,
su cabildo y comisarios,
pues esta fiesta celebran
con ánimos tan cristianos.
Hasta la Virgen se alegre,
pues su hijo soberano
llena de racimos de ángeles
le trae á su diestro lado.
Y como á señora, reina
é intercesora, digamos:
Mater Dei, memento mei,
pues sois todo nuestro amparo.
Purgatorio, llanto, infierno,
tormento, padre, descanso,
aire, fuego, tierra, mar,
fin, Pontífice, prelados,
reina, rey, Valladolid,
consejos y comisarios,
Virgen, hijo, intercesora,
ángeles, reina y amparo,

todos se alegren y hoy nos alegremos,
con el divino huésped que tenemos.

Y bailando contentos
vuelvan luego á tañer los instrumentos
Que en viernes murió el rey de tierra y cielo,
y en jueves se da al hombre en sangre y cuerpo.

Alégrense aquesta corte,
que hoy en ella está encerrado
de todo el cielo el poder,
de toda la tierra el mando.
Sus santos templos se alegren,
y su gloria publicando,
con himnos y dulces voces,
y al son de instrumentos varios
digan: *Benedictus Dóminus,*
Deus Israel, cantando,
pues el Señor de los cielos

hoy su pueblo ha visitado.
Casas y calles se alegren,
pues con sedas y brocados
se ven hoy, y hasta sus suelos,
con espadaña y mastranzos.
Alégrense los jardines,
alégrense huertas, campos,
pues hoy dan flores y rosas
á este santo relicario.
Alégrense el río Pisuerga,
detenga su raudal manso,
también las aves se alegren
nuestra gloria publicando.
Alégrense la alameda,
produzcan maná sus ramos,
todas las viejas se alegren,
pues que deste día han gozado.
Alégrense ricos, pobres,
alguaciles y escribanos,
y hasta las niñas se alegren,
pues hoy las compran zapatos.
Alégrense sacristanes,
pues llevan hoy en sus brazos
la cruz donde murió Aquel
que hoy viene á alegrar á tantos.
Los monacillos se alegren,
alégrense los notarios,
y nosotros, ¿por qué no?,
recitantes, alegraos.
Corte, templos, pueblo, cielos,
casas, calles y brocados,
río, aves, alameda,
jardines, huertas y campos.
Viejas, ricas, pobres, niñas,
alguaciles, escribanos,
sacristanes, monacillos,
recitantes y notarios,

salgan, canten y bailen un villano,
pues ninguna á esta gloria se ha igualado.
Y pidiendo perdón de nuestros yerros,
acaben con cantar aquestos versos.

Hoy al hombre se le dan
á Dios vivo en cuerpo y pan.

111

XXVII. — Loa del Caballero del Milagro.

Después que de mis desdichas
vi mi suerte mala ó buena,
y de quien llaman fortuna
tuve un pie sobre la rueda;
después que pasé á Bretaña
y surqué el mar con galeras,
anduve en corso dos años
y vi la cara á la Inglesa,
trabajé un año en un fuerte,
marché otros cuatro por fuerza,
á ley de soldado viejo,
armado de todas piezas,
á pie, desnudo y descalzo
de vestidos y paciencia,
que ésta muchas veces falta
á los de más fortaleza.

Después de muchos trabajos,
después de muchas miserias,
después de algunas bonanzas,
después de muchas tormentas,
después de algunas batallas
y después de algunas fuerzas
que tomaron y rindieron
todos juntos y yo á vueltas.
Después de otras muchas cosas
que ahora en silencio quedan,
que para más larga historia
este discurso se deja,
y después de estar cautivo
algún tiempo en la Rochela,
vine á dar, por mi ventura,
en las manos de una vieja.
Después que por agradalla,
por no sé qué que vi en ella,
la serví, la regalé,
hice versos, canté endechas,
dije mentiras al uno,
formé del otro querellas,
engañé con la verdad,
libréla de una tormenta,
vestíme al uso de corte,
capa corta, calza entera,
y confieso mi pecado,
que la prometí mi hacienda.
No diera en dársela mucho
cuando toda se la diera,
que bastaba ser mujer,
y si no díganlo ellas.
Al fin la buena señora
echó en burla mi promesa,
como no merecedora
de tan voluntaria oferta.
En aquestos tristes días
que seguí esta mala seta,
dejé el cielo por infierno,
la amada paz por la guerra,
la señora por la esclava,
la discreta por la necia,
la agua clara por la turbia
y la hermosa por la fea,
burlándonos muchas veces,
que es muy burlona la hembra.
Entre ellas, me dijo un día:
«Las mujeres que son necias,
y vuesa merced sabrá,
rey mío, por experiencia,
que se mueren por saber,
y así yo soy una dellas.
¿No me dirá, señor Rojas,
un enigma que quisiera
saber mucho por mi gusto
al cabo de una cuaresma?
¿Por qué le llaman los hombres,
así en plazas como en ventas,
Caballero del Milagro,
pues es milagro sin rentas?
Diga qué son sus milagros,
que tengo un dolor de muelas
y no puedo sosegar
de un mal de madre y jaqueca.»
Como yo vi la mujer
vuelta en burlona de necia,
no buena para burlar

y mala para discreta,
respondíle: «Reina mía,
vuesa merced esté atenta.»
Y ella, dando grato oído,
la dije desta manera:
«Son mis milagros, señora,
milagros acá en la tierra
que aboban á las mujeres
y á los bobos embelesan.
A las mujeres taimadas
las digo razones necias,
y no hablo en un mes palabra
fundado siempre en cautela.
Si me piden, oigo y callo,
y allá, entre burlas y veras,
digo que soy insensato
y hágame tonto con ellas.
Y cuando están en más fuga
de cumplimiento y ternezas,
suelo prometer el alma
y tras del alma la hacienda.
Cuento luego un cuentecito
y una cosita risueña,
y cuando están con más gusto,
me salgo la puerta afuera.
Si es hermosa, rica y tonta,
la digo que es muy discreta
y que quise á una mujer
que era tan linda como ella.»
Cuéntola al fin mil mentiras
envueltas entre mil quejas,
enójome y pidó celos,
y si veo que le pesa,
como ella demuda el rostro,
voy yo mudando la lengua,
y digo: «Ya sé, mi bien,
que eres honrada y honesta;
mas no te espantes de mí,
que si celos me atormentan,
no puedo más, que te adoro,
no te dé, mi gloria, pena.»
Llévola con humildad,
porque á las mujeres necias
procuró hablar con crianza
y engañallas con vergüenza.
Y si es más fea que el diablo,
la digo luego que es fea,
pero que tiene unos ojos
más lindos que las estrellas
y que su olfato de boca
no le tienen todas hembras,
y, poco á poco, la alabo
hasta que la hago Lucrecia.
Y si es vieja endemoniada
y tiene más de setenta,
la digo yo que es mujer
de hasta veintiséis á treinta;
y á ésta martirizo á celos,
y, por no dormir con ella,
en cenando, que he cenado,
armo luego una pendencia.
Y sobre si fué ó no fué,
si era ella ó no lo era,
si miraba ó no miró,
la doy con toda la mesa.
Todo esto es si yo no quiero;
pero si quiero, no hay tretas,